

AVERROES. UNA BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Juan Antonio Pacheco

Almuzara, Córdoba, 2011, 332 pp.

Reseña de José Ramírez del Río

Esta biografía del gran polígrafo cordobés Ibn Rusd es cronológicamente la primera obra de la trilogía que dedica el Dr. Pacheco Paniagua a la descripción del pensamiento en lengua árabe de al-Andalus, pero en la organización de su trilogía debe ocupar el segundo lugar en la serie publicada por Almuzara.

La figura de Averroes es una de las más interesantes de la cultura andalusí, uno de los gigantes del pensamiento filosófico del mundo islámico, con aportaciones de gran importancia en muy diferentes campos, y que desmontó uno de los enredos de más duración de la historia de la Filosofía: la atribución a Aristóteles de las ideas del neoplatónico Plotino.

De acreditada familia de juristas *malikíes* cordobeses bajo la etapa almorávide. Su abuelo fue figura jurídica de primer orden en la misma. En las referencias biográficas árabes clásicas, Averroes aparece citado como “el nieto”, para distinguirlo de su abuelo y de su padre. Tuvo una esmerada educación en todos los campos del catálogo de las ciencias vigentes en su tiempo: Derecho, Teología, Tradiciones, Literatura, que completó con las materias de Filosofía, Medicina y Ciencias Naturales. En 1169, fue presentado al sultán almohade Abu Yaqub Yusuf, en Marrakex. La presentación la hizo el filósofo de Guadix Ibn Tufayl que en ese momento era médico de la corte. Cuando éste falleció, Averroes lo sucedió en el cargo, en 1182. Continuó desempeñando esa función con el sultán siguiente, Yaqub al-Mansur, que venció a Alfonso VIII en la batalla de Alarcos en 1195 y que profesaba una gran amistad y afecto personal al filósofo cordobés.

Por causas no bien determinadas cuyas motivaciones han sido objeto de muchas suposiciones e hipótesis basadas en envidias cortesanas o intrigas de los alfaquíes, Averroes acabó cayendo en desgracia y Al-Mansur lo desterró a Lucena tras haber sometido al filósofo a juicio público, destituido de sus cargos y condenadas sus obras. Este aspecto ha sido tratado recientemente tanto por la Dra. Delfina Serrano como por la Dra. Maribel Fierro. Casi tres años después, obtuvo el perdón y volvió a Marrakex donde murió y donde fue enterrado. Tres meses después, sus restos fueron trasladados a Córdoba siendo enterrados en el “panteón” de su familia en el cementerio llamado de Ibn Abbas. Yaqub al-Mansur murió un mes después de este acto. Del cortejo fúnebre que tuvo lugar en Córdoba, un testigo de excepción, el gran sufí Ibn Arabi, cuenta en su obra que el cuerpo de Averroes iba en su mortaja a un lado de la acémila y, al lado opuesto, iban todos sus escritos haciendo contrapeso.

.....

Averroes dejó una obra muy extensa que puede distribuirse entre: Filosofía, Teología, Derecho, Astronomía, Filología y Medicina. Su recuerdo en el mundo islámico quedó inscrito como el de un jurista eminente y su valor como filósofo fue reconocido en Occidente en el siglo XIII por parte de la Escolástica latina (Alberto Magno o Tomás de Aquino en especial) y, en el siglo XIX, reapareció como emblema del racionalismo filosófico musulmán, gracias a la obra de Ernest Renan, *Averroès et l'averroïsme* (1852). En cualquier caso, desde Tomás de Aquino, Averroes se consideró el comentarista por antonomasia de Aristóteles y, como tal, se hizo célebre el dicho famoso en Occidente: “La Naturaleza fue interpretada por Aristóteles y éste lo fue por Averroes”. El sobrenombre de “El Comentador” fue suficiente, en adelante, para identificar al pensador cordobés y hacer de su obra un eslabón imprescindible en la cadena de transmisión del saber filosófico griego clásico, sobre todo el aristotélico, al Occidente latino medieval.

Una pregunta a la que casi nadie ha dado respuesta hasta ahora, es la que se refiere al motivo por el que Averroes dedicó su vida filosófica al comentario de la obra aristotélica.

Sabemos que los *falásifa*, es decir, los pensadores musulmanes, de origen árabe o persa, que hicieron de la razón el instrumento privilegiado de la indagación filosófica en seguimiento de los pensadores griegos clásicos, conocieron las traducciones que de la obra de éstos se hicieron en Bagdad en el siglo IX de nuestra era. También sabemos que, por el rótulo que se puso, en el curso de dichas traducciones, a una paráfrasis de una obra de Plotino, la famosa *Teología de Aristóteles*, el pensamiento originario de Aristóteles quedó teñido para todos los citados *falásifa*, plural de *faylasuf*, “filósofo”, de una fuerte impronta neoplatónica que desde el mencionado Plotino (m. en 270 de la era cristiana), expone el despliegue de la totalidad de lo existente en forma de una emanación que parte del Uno y llega a los seres materiales, es decir, una secuencia inalterable que procede desde lo más perfecto a lo más imperfecto. Al- Kindí, al-Farabi, Avicena, las grandes luminarias del pensamiento islámico adscrito a esa tendencia especulativa procedente del pensamiento griego, son buena muestra de esa explicación filosófica de la Realidad sin renunciar por ello a los fundamentos doctrinales de su fe religiosa.

La misma situación puede observarse en el pensamiento de al-Andalus que, como vemos, constituye un microcosmos específico en el seno del pensamiento islámico general. En dicho pensamiento se manifiestan todas las expectativas y experiencias filosóficas posibles que se ofrecían a un pensador musulmán clásico: el dilema entre razón y fe, los privilegios de una refinada educación racional, el acceso a la contemplación de lo Trascendente por la vía racional, el intento de leer el Libro desde el punto de vista de la Razón, la tendencia a sublimar esa Razón en los moldes de una espiritualidad genuina, la condena de todas esas ideas por parte del Poder político y, finalmente, como broche final a esa secuencia que puede leerse en el libro del Pensamiento andalusí, el esfuerzo por reconducir un pensamiento que había ido cediendo terreno a la visión de lo espiritual en detrimento de lo que, en todos los casos, era el

fundamento de la misma: la razón humana. Nadie puede sentir, ni pensar, ni reflexionar de forma coherente, por muy espiritual que sea el objetivo de tal pensamiento, si no se produce un proceso interno de iluminación racional por mínimo que este sea. Pensar de forma espiritual, sin iluminación racional, genera un discurso sin fondo, un desafuero, una *logomaquia*. Y si la cosa es seria para el vulgo, mucho más lo es para el filósofo o el teólogo, sabiendo que en el Islam, el ejercicio filosófico procede del previo ejercicio teológico que, como también sabemos, procede a su vez del estudio de la Palabra. El teólogo es *mutakal-lim*, es decir, experto en *kalam*, es decir, en el arte de la *kalima* o Palabra revelada.

Y así fue como un pensador cordobés, Averroes, el *Nieto*, experto conocedor de dicha Palabra en su empleo jurídico, advirtió que esa Palabra, en su empleo filosófico, y lejos de su adscripción teológica, había sido estudiada más de mil años antes por un griego, Aristóteles, que había definido con exactitud los alcances y los límites de la misma, haciéndola apta para su empleo en todos los lenguajes posibles futuros, desde el teológico, hasta el filosófico, pasando por el científico. El relato famoso del encuentro de Averroes con el sultán almohade, nos dice que éste, tal vez con maquiavélica intención, le preguntó al jurista cordobés sobre su opinión acerca de la idea de los filósofos sobre la eternidad de las esferas celestes. La pregunta citada no resulta sorprendente en un personaje que estaba imbuido de una ideología política, la almohade, que en su aspecto filosófico remitía a Ibn Túmart, el fundador de la dinastía, quien, a su vez, ha sido considerado como el representante máximo de la estricta adhesión al principio doctrinal musulmán de la Unicidad divina. Y ese principio, inmutable para todo pío musulmán, fue esclarecido racionalmente por primera vez en el Islam por los *mu'tazilíes* que, como sabemos, fueron los primeros *mutakal.limun* en abordar el estudio de la Palabra revelada por medio de instrumentos estrictamente racionales en el siglo IX, la misma época en la que se estaban traduciendo al árabe las obras del pensamiento griego.

Y desde ese momento originario, ese en el que Averroes fue interrogado tan sutilmente por el califa almohade, nació en su pensamiento el propósito de aclarar de una vez por todas, para todo el orbe filosófico musulmán, lo que había de entenderse y cómo había que discurrir en lo tocante a los fundamentos del, a su juicio, coherente empleo de la Palabra en el dominio de la Filosofía y, como consecuencia, en el de una Teología que debía ser entendida tal como dice el mismo Corán, por “los que saben”. Y, como consecuencia de ello, también, no había más remedio que acudir a Aristóteles al que ya los mismos filósofos musulmanes habían denominado nada menos que como “El Primer Maestro” y al que habían seguido, con el tinte neoplatónico aludido, todos los *falásifa* mencionados.

La empresa, que resultó ser la empresa de la misma vida de Averroes, no era baladí y empieza por dos profundas convicciones personales: Aristóteles es el portador de la Verdad filosófica en sentido absoluto y él, Averroes, es el único capacitado para entenderlo y comentarlo de forma también absoluta. A partir de estos dos axiomas, la emprende primero con Avicena, al que acusa de haber leído a Aristóteles con lentes neoplatónicas y no haber entendido nada

de lo que el filósofo griego expuso en su obra. Después, se dirige a Algacel (m. 1111), el filósofo más venerado de su tiempo que primero fue racionalista y luego abjuró de esa etapa de su vida escribiendo un libro, *La refutación de los filósofos racionalistas* donde dice que los *falásifa* cometen un grave error que los aleja de la fe. Averroes escribirá su *Refutación de la Refutación* donde critica de forma ácida a Algacel.

Una vez hecho esto, emprende sus comentarios a la obra de Aristóteles en forma de Grandes comentarios, Comentarios medios y Resúmenes. En ellos va glosando párrafo a párrafo la *Metafísica* aristotélica sin salirse nunca de los cauces trazados por el Maestro pero exponiendo a su vez su punto de vista personal cuando ello es necesario. Junto a esa extenuante e inmensa labor comentadora, Averroes tiene también libros de propia elaboración que incide en puntos concretos que a su juicio merecen reflexión aparte como es el referido a la naturaleza del entendimiento humano.

Cuando los libros de Averroes se traducen al latín y pasan a Europa, en la obra de Alberto Magno, primero, y en la de Tomás de Aquino, poco después, aparecen citados abundantemente de forma que, hacia 1250, el pensamiento de Averroes y, sobre todo, el de Aristóteles entendido y comentado por el filósofo cordobés, había penetrado plenamente en el Occidente latino y gran parte de la Escolástica quedó prendada de la nueva experiencia filosófica que se abría ante sus componentes. Sin embargo, para algunos de sus miembros y, sobre todo, para las autoridades eclesiásticas, esa obra encerraba graves peligros dialécticos y, a la postre, doctrinales. Dichas amenazas se basaban, en parte, en una mala interpretación de lo que Averroes, con el apoyo de Aristóteles, había dicho, sobre todo en lo relativo a la debatida cuestión de la llamada “doble verdad”. Según esta interpretación, Averroes habría venido a decir que la fe y la razón, sobre un mismo tema, podían llegar a conclusiones divergentes. Las escuelas teológicas europeas ardían en debates sobre la cuestión y a ese movimiento se lo conoce como “averroísmo latino” o “aristotelismo averroísta”. Hacia 1256, el papa Alejandro IV le pide a Alberto Magno que escriba un libro para frenar ese movimiento. El libro se titula *De unitate intellectus contra Averroem*. En 1277, hubo una condena eclesiástica general redactada por Tempier por orden del Papa de Roma. Dicha condena, especificada en 219 tesis nada menos, se suele interpretar no como una repulsa directa del averroísmo, sino como una repulsa de la filosofía en general y como un escepticismo claro ante la posibilidad de la conciliación de, aristotelismo con el dogma cristiano.

Averroes no dejó discípulos, ni en al-Andalus ni en Oriente. La antorcha filosófica pasó a manos de los partidarios de Avicena que, en Oriente, dieron lugar a nuevas escuelas y vías de pensamiento muy elaboradas y brillantes y de honda repercusión en el pensamiento musulmán iraní.